

CONTEXTUALIZACIÓN, TÉCNICA NARRATIVA Y PERSONAJES en *El lector de Julio Verne*.-

TEXTO 1

—¿Adónde vamos? —pregunté, para disimular que lo había adivinado al ver cómo nos seguía madre sin decir nada.

—Aquí mismo —dijo, colocándose delante del poste que estaba enfrente de la puerta—. Y ahora quédate quieto que te voy a medir... Muy bien.

Yo cerré los ojos antes de que él sacara la navaja y, como todos los catorce de enero de cada año, recé en silencio, a una velocidad frenética, todas las oraciones que conocía en el tiempo que le llevó hacer una muesca en la madera. Era inútil. Yo lo sabía, él también, y sin embargo, cuando me apartó del poste, abrió los ojos igual que los había abierto un año antes, como si la distancia entre las dos últimas rayas le hubiera impresionado tanto que ya no pudiera gobernar sus párpados.

—Mira —dijo, con una sonrisa que no logró disipar del todo la preocupación de ser mi padre—. ¡Cuánto has crecido, Nino!

Pero no era verdad. Había crecido poco, siempre crecía poco y seguía siendo bajito, muy bajito, canijo, como me llamaban mis amigos y mis primos de Almería. Aquel día, eso fue todo. Todavía esperó una semana para anunciar en la mesa con un acento risueño y satisfecho, tembloroso sin embargo de impostura, que llevaba mucho tiempo pensando en mí y que, ya que me gustaba tanto leer, se le había ocurrido que no podría hacer nada mejor que aprender a escribir a máquina.

—Porque tú, de mayor, no querrás ser un simple guardia civil como tu padre, ¿verdad? Tú, con lo listo que eres, sabiendo escribir a máquina y poco más, puedes llegar hasta a trabajar en la Diputación, no te digo más... —me miró de reojo y procuré poner buena cara, pero no se me ocurrió nada que decir—. Pero, bueno, ¿te has tragado la lengua? Di algo, hombre. ¿Qué te parece mi idea?

—Muy bien, padre —adiós a los coches de carreras, adiós a una casa como el molino viejo, adiós a los trucos de los hombres solos que no se casan nunca —. Me parece una idea buenísima.

Me sonrió, y le vi tan contento que ni siquiera me arrepentí de haberme entregado tan alegremente al sacrificio.

—Yo creo que sí, que es algo que te puede cambiar la vida.

En eso llevaba razón aunque él aún no lo sabía.

Y yo tampoco.